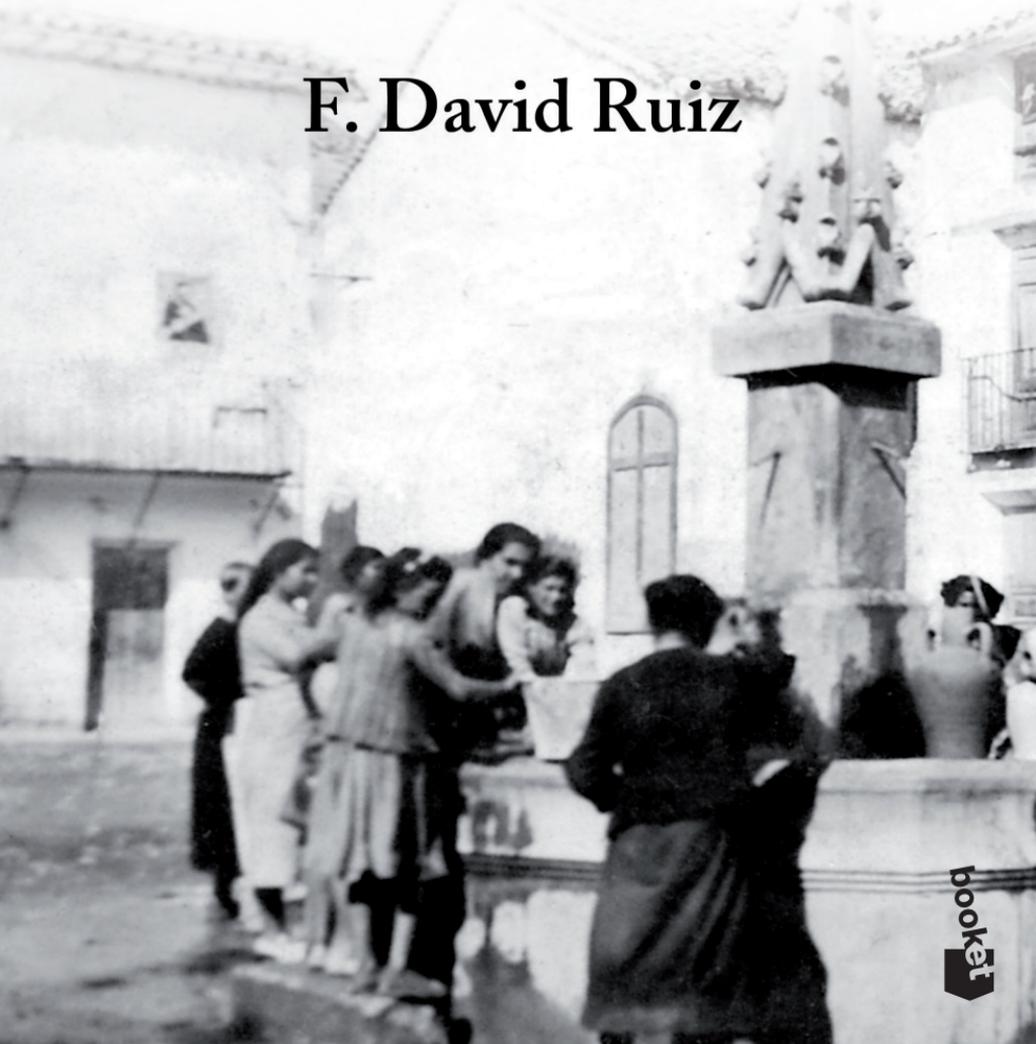


II CERTAMEN BIBLIOTECA FUNDACIÓN ANTONIO GALA

Alma de cántaro

F. David Ruiz



F. David Ruiz
Alma de cántaro

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© F. David Ruiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.^a planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Grupo de mujeres lavando en la fuente del pueblo. Enguídanos (Cuenca).

1946. Archivo de la Imagen de Castilla - La Mancha - Legados de la Tierra

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2020

Depósito legal: B. 5.431-2020

ISBN: 978-84-08-22485-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

El casino	15
Los ojos de Dios	49
El hombre de pana	75
Un rastro de palabras	123
Un vals para los lobos	181
El último exiliado	291
<i>Agradecimientos</i>	313

El casino

Oye, hijo mío, el silencio.
Es un silencio ondulado,
un silencio,
donde resbalan valles y ecos
y que inclina las frentes
hacia el suelo.

F. GARCÍA LORCA, «El silencio»

Recuerdo que en la fuente cada cántaro era distinto. Cada uno con sus costuras de barro en las asas y unos labios carnosos que abrían una boca oscura por donde se derramaba el agua. Bocas de cántaro que retumbaban con los susurros de diferentes mujeres. A los cuatro caños, la principal fuente de la villa, se iba a lavar y a escurrir todos los trapos sucios. Los de una y los de todo el pueblo. Allí, claro, me enteré de «eso». Porque en los cuatro caños se aireaban los guñapos y las aguas se enturbiaban con los dimes y diretes, con el jabón casero y el sudor seco de las camisas de los maridos, los padres, los hermanos y los hijos. Allí, entre esas mujeres, un niña podía atisbar algo, pero nunca una conversación completa. Por más que preguntase, por más

que me acercase a unas y a otras, por más que me llevase las dudas a casa.

Mi madre me miró a los ojos y me dijo que no debía insistir, aquel asunto estaba cerrado. Me dijo, bajando el tono mientras guardaba el jabón, que si quería podía preguntarle a mi padre, pero que posiblemente perdiera los dientes en el intento. Ella no lo entendía y jamás comprendería que yo ya intuía la respuesta, pues las otras mujeres, las que lavaban más allá de aquella alberca de unos cinco metros, hablaban de «eso». Yo, todavía una niña siempre contenida en las formas, prestaba atención desde lejos.

Unas decían que habían sido los rojos de la sierra. «¡Los rojos!», gritaban, mientras las otras chistaban y se daban golpes en las nalgas cubiertas de tela negra. Luego miraban miedosas por si algún oído escondido las pudiera haber escuchado.

—Cómo van a ser los rojos, mujer —susurraban otras—. Han sido ellos mismos. Han sido los *hijoputas* del tricornio y sus muertos. —Y entonces hacían la señal de la cruz con el índice cruzando el pulgar y lo besaban. Luego escupían.

—Dicen que lo tiraron antes a él adentro del pozo. Vivo. —Y remarcaban bien esto último, «vi-vo»—. Estaba todavía vivo cuando lo echaron por allí. Y luego al padre, un hombre de setenta años, mira tú. Encima de él, el *pobretico*.

La viuda que había hablado callaba de inmediato, como guardándose el resto, y dejaba espacio a las preguntas, a los interrogantes que luego pudieran calentar el ambiente.

—Muchachas, que hay ropa tendida —decía mi madre señalándome con la barbilla mientras recogía los últimos trapos mojados. Pero ellas solo guardaban unos segundos de silencio para acabar sonsacándose las unas a las otras.

—¿El delito no se sabe? Porque algo harían...

Entonces esas mismas chasqueaban la lengua y callaban.

Algo harían.

Al final, cuando el cántaro se llenaba antes de marchar, yo ya no sabía desenredar tanta maraña proveniente de unas y de otras, por eso acababa acarreado a duras penas el agua por las calles con aquel pesar entre las sienas. Subiendo la cuesta de la plaza tuve que hacer una parada para limpiarme el sudor que me inundaba los ojos, aquellos ojos negros míos de quinceañera, de niña limpia, de intento de rebelde. Mis quince años en todo su esplendor eran el escaparate ideal de nuestra familia. Mi padre decía a veces, entre alguna que otra tontería, que muchos mozos venían a la barra a por mí cuando me sentaba por las tardes junto a la ventana de la cocina del casino en el que trabajábamos a coser lo que años después sería mi ajuar.

Sábanas blancas regalo de doña Dolores, la señora de don Gregorio, aquella señorita con ínfulas de deidad que, sin embargo, era medio calva y algo marchita, ridícula en sus encorsetadas formas de otro tiempo, pero excesiva y rigurosa en exigencias. Había perdido el sueño desde que lo conociera a él, a don Gregorio, su Gregorio, por el que bebía los vientos y por quien habría dado su fortuna si se la hubiera pedido. Ella, que era la dueña de medio pueblo y unos cuantos años mayor que él. Ella, doña Dolores, la Cuatropelos, como la llamaba la gente. Ella, entre las pocas que podía permitirse el lujo de regalar unas sábanas como aquellas a la hija de su camarero.

—Esto para cuando te cases, para que bordes aquí tu nombre y aquí el de... bueno, el del mocito que decida quererte algún día, ¿no, Marianita?

Mi madre me pidió que agradeciera y agradecí educadamente. Sin aspavientos, cordial. Pero luego, durante muchas tardes en que mi madre limpiaba, bordé el nombre de *Gregorio* en todas las sábanas y las fui guardando, mostrándole a doña Dolores solo mi nombre con alguna floritura. Ella contenta y yo enamorada como una idiota del señorito que pagaba a mi padre. De él, Gregorio, mi Gregorio, que no tenía más que a aque-

lla mujer enjuta y cruda, y un talante de joven altivo por el que yo habría regalado todas mis sábanas de hilo.

Sí, yo le preguntaba a mi madre, pero ella no respondía nunca. Y mucho menos cuando íbamos por la calle. Había sido educada en el silencio de un hogar sin madre y aunque no se lo tuviéramos en cuenta, sabíamos que todavía recordaba el convencional ambiente de su casa, el represivo aroma que desprendía lo femenino para ella. No, ella no respondería nunca y la alternativa sería preguntarle a mi padre; de algo se habría enterado trabajando en el casino día y noche. Un camarero acaba encontrando detrás de la barra los cuentos más inverosímiles. Le preguntaría a mi padre quién mató a aquellos hombres, aquel asunto con el que todo el pueblo se había levantado en la boca, al menos eso pensé en cuanto mi madre me dijo que ni ella ni nadie debían hablar de esas cosas, que algo habría hecho el cabrero a unos o a otros para que lo mataran, que buena lengua tenía. Agotada, recién llegada a nuestra casa, me limité a soltar el cántaro sobre la mesa dejando un cerco mojado sobre la tela blanca del tapete.

—Ahí le dejo eso, tengo que irme con padre otra vez.

Mi madre, a quien veía a través de los cristales de la puerta del patio, tendía la ropa rápidamente. Como no respondió, esperé grabando aquella imagen que no por cotidiana se ha borrado aún de mi mente. Entró secándose el sudor con las muñecas, como si no quisiera ensuciarse las manos, y tomó de nuevo el cántaro, que se encajó en la cadera. Me dijo que debíamos ir juntas esta vez.

—Habrá que limpiarle la mierda a... —Se detuvo porque quería decir «señoritos» o «señoritingos» o cualquier otra cosa, pero dijo—: Mariana, que después de un fin de semana solos en el casino... a saber esta gente, hija mía, ¡a saber! Dame un momento que suelte esto ahí dentro.

Mi padre estaba en la puerta del casino cuando llegamos. El ladrillo, que dibujaba en dos tonos de rojo unas formas arqueadas sobre la puerta bajo cuatro ventanales con balaustrada de piedra, reverdecía de pronto como al efecto del sol puro de una mañana despejada. Justo al pie, ese hombrecillo menudo de amplio bigote que era mi padre cargaba una caja de salazón y charlaba con varios proveedores cuando hizo un amago de saludo con los codos. Mi madre se acercó para coger la caja.

—Buenos días —dijo, pero ningún beso.

—Buenos días, padre —respondí veloz antes de que mi madre me instara a entrar con ella.

Subimos los tres escalones de piedra flanqueados por un alicatado de azulejos sevillanos a media altura. Una pintada sobre la primera puerta de cristal del edificio recordaba el año de fundación del casino: 1917. Una vez llegamos al rellano, empujé la cristalera para que mi madre pasara y ya en ese pequeño pasillo de apenas tres metros de largo nos aturdió el olor del sudor sazonado con el del tabaco de pipa. Mi madre resopló, yo cogí aire. Una telaraña multicolor descansaba abatida en el suelo; la serpentina y el confeti habían inundado el salón de rojo y gualda travistiendo la imagen adusta que yo pudiera tener de aquellas mesas repletas de señores de oscuro que fumaban y hablaban con la pajarita bien ceñida. Decían que Alcalá Zamora había dado aquí un discurso una vez, pero a nadie importaba eso ya. Es más, era mejor que nadie recordara a ese ilustre republicano en el salón donde habitualmente se reunían el alcalde y el teniente de la Guardia Civil para beber con el maestro y alguna que otra personalidad. Aquí jugaban a las cartas y al dominó, y las horas muertas se diluían en decisiones de las que nadie sabía nada. Bueno, nadie, excepto mi padre. Él siempre volvía a una hora distinta a nuestra casa. Sería por eso que a veces oía discutir a mis padres tras la pared de papel mal encalada. Él no decía mucho. Ella, ante el silencio cómplice de mi padre con aquellos que no tenían horarios, simplemente se giraba en la

cama para darle la espalda y suspiraba. Luego, al despertar, mi padre ya se había marchado de nuevo.

Aquel olor dentro del casino amargaba.

—Vaya carnaval se han pegado estos... —dijo mi madre moviéndose a duras penas entre la revolución de botellas de cristal verde que se escondían traicioneras bajo los papelillos—. Joder con el señorito, qué buenas fiestas... Luego dirá que para jornales, no. Hijo de... —Y volvió a su silencio final de frase.

En aquel momento mi padre empujó la puerta de la cocina. Quise abordarlo entonces, preguntarle si él, que tanto conocía, podría contarme más de aquel asunto del cabrero que me picaba entre las sienas. ¿Habían sido los rojos? Pero ¿quiénes eran los rojos? Habían sido ellos los de la bomba en el cuartel aquella vez hacía tiempo, de eso estaba segura. Desde entonces, la gente hablaba de ellos en voz baja, pero los nombraban y no siempre con orgullo. Quise hablarle de ello, pero mi padre venía con un humor poco habitual. Aunque estaba descansado y se le notaba.

—A levantar todo esto. Se acabó la fiestecita —dijo.

Estaba tranquilo y dispuesto, con aquella camisa a cuadros remangada hasta los codos y el pantalón azul marino que llevaba siempre como atavío. Podría decirse que hasta estaba guapo. Por eso tal vez no quise embadurnar la situación de mayor dramatismo; además, quedaba demasiado trabajo por hacer. Mi madre salió entonces de la cocina, manos en jarras, preguntándole si había podido dormir bien. Hacía años que padecía un insomnio feroz. Mi padre asintió. Le dijo que no se podía quejar, que la almohada por una vez se había portado con él. Además, había estado con nosotras todo un fin de semana, cosa poco habitual por la clase de trabajo que tenía y por la clase de señorito que le había (nos había) tocado. Don Gregorio había dado tres días libres a mi padre sin mayor explicación. Tres jornadas completas que mi padre no sabía rendir de tan poco acostumbrado como estaba a empeñar el tiempo en otra cosa que no fuera tra-

bajar. Al final acabó llevándonos al río y me enseñó a comer el tallo de los juncos, que no sabía a nada más que a tierra mojada, mientras mi madre tejía el inicio de un jersey gris buscando la sombra de los árboles. Luego de comer nos volvimos, y al pasar justo por delante del casino mi padre se olió la jugada. Había luz y movimiento. Pero ninguno de los tres quisimos saber nada: en mi caso, porque mi padre estaba tranquilo; en el de ellos, porque sabían más de lo que siempre supe yo. Nos fuimos derechos a la cama. Fue, eso sí, como supimos que tendríamos trabajo al volver. Por eso ni mis padres ni yo nos inmutamos tres días después, cuando estábamos allí, en medio de aquel olor ocre que tras años me ha sido imposible olvidar.

Mi padre transitó las estancias como si nada y empezó a levantar sillones volcados y a pasarles un cepillo para limpiarles el confeti. Mi madre lo miró resignada y yo quise suponer que mis padres eran felices así, trabajando tranquilos, porque en esa rutina se sentían seguros uno con el otro, ganándose lo que luego se comerían, y porque la felicidad, al menos esa clase de felicidad sencilla, sin duda, también se encuentra en lo inevitable del día a día.

—Paqui, echa el cerrojo, anda. Cierra antes de que quiera colarse alguno a tomarse un caneco —dijo mi padre.

El cubo grande estaba ya hasta arriba de papelillos de los colores de la bandera monárquica, así que metí una pierna para aplastar la basura y hacer sitio nuevo a lo que mi padre traía en su recogedor de madera. De cerca no daba la impresión de descansado, desde luego, con aquella barba incipiente, mal afeitada en alguna parte. Sin embargo, le sonreí. Mientras, mi madre apilaba en algunas cajas los cascos rotos y las botellas vacías. De vez en cuando, mi padre tarareaba una copla y mi madre se enganchaba en el estribillo mirando a su marido. «Te he esperado hasta muy tarde, ningún reproche te hacía...» La felicidad que yo conocía estribaba, apenas disimulada, en aquel estado de las cosas.

El casino, por su parte, iba muy poco a poco retomando su forma original, excepto por el olor. Aquel hedor mugroso que habría que quitar de alguna manera del papel pintado, de la barra, del suelo. De eso se daría cuenta mi madre, que siempre reprochaba a mi padre que el olor es también parte de la limpieza, que no solo debía parecer limpio sino que además tenía que oler a limpio. Pero mi padre estaba abstraído en otra clase de asuntos que, por supuesto, no estaban donde nosotras limpiábamos. Ella hacía como que no se daba cuenta, buscándolo con los ojos. Apenas decía nada, y si lo hacía:

—Niña, ¿qué es lo que estás mirando? Ven y coge esto.

Me tocaba ayudarla en cualquier tarea mientras intentaba buscar con los ojos a mi padre. Tentada estuve de preguntar qué sombra era aquella que tenían a medias, pero entonces tampoco podría preguntar lo del cabrero, ya que desde luego mi madre no soportaría la insolencia. Así que, como una niña obediente, me guardé las preguntas que me consumían y la ayudé con la escoba y con el trapo. Intenté convencerme de que estaba allí para aquello mismo, únicamente para las tareas, y que luego, cuando uno de los dos entrase en la cocina y sacase las sobras que se amontonaban sobre los platos, justo entonces, podría sacar el tema como si nada. Eso era, o al menos eso pensaba yo, hacer las cosas con cabeza.

El salón pertenecía a un edificio de base cuadrada construido con más empeño que dinero por cuatro señoritos que quisieron sumarse a la moda de tertulias y convencionalismos varios de la época. Podía ser que el pueblo anduviese necesitado de un centro social donde los hombres con algún poder adquisitivo o cultural pudieran desempeñar sus labores de ocio sin tener que dar cuenta a sus señoras, que veían invadidos sus finos salones y sus cristalerías por una patulea de borrachos. Pero si hubiera un local, o mejor, si hubiera un edificio, debieron pensar, sería

diferente. Así los hombres tendrían por fin un templo donde hacerse y llamarse hombres entre las cartas y las copas, entre el juego y el vino. De hecho, se convirtió en el lugar de reunión de todos los hombres más importantes. Solían frecuentarlo don Carmelo, el guardia civil, el maestro don Manuel, el alcalde y el médico, el señorito don Gregorio y el dueño de los transportes, el último barbero que quedaba y numerosos terratenientes; eso sí, salvo raras excepciones, nunca ninguna esposa. Por norma general, no se permitía el paso de ninguna esposa y, por supuesto, ninguna mujer que se considerase prudente debía entrar. En ningún sitio más que en las leyes etéreas de la moral cristiana estaba escrito que más mujeres que mi madre y yo pudiéramos ingresar en aquel lugar. Las esposas asumían que el espacio de sus maridos era tan sagrado como poco a poco asimilaron que su hogar, aquellas casas que las contenían, eran capaces de guardar sus propios secretos. De este modo todo permanecía en un lugar concreto con un orden perfectamente estructurado. Y a rezar. A confiar a ciegas, con el aguijón de los celos hendiendo su ponzoña bien adentro, y creyendo, o eso decía mi madre, «que esos gilipollas hacen otra cosa más que jugar a las cartas y hablar de tetas gordas».

Mi padre, en cambio, guardaba silencio. Él los conocía bien desde muy niño, cuando entró a trabajar en las cuadras de doña Dolores. Se mordía el labio, agachaba la cabeza y se ponía a trabajar como un animal cansado, destinado a tirar de la carga. Había aprendido tanto de aquellos animales —él mismo lo admitió alguna vez— que hasta pudiera ser que hubiera tomado algunos de sus gestos. Y era aquel silencio el que me preocupaba. Yo también conocía desde niña el casino al que mi padre entrara a trabajar años después, cuando tras la guerra nadie quiso hacerse cargo de la cocina y la barra.

—No fue un ofrecimiento, fue una orden lo tuyo, Ezequiel —le regañaba mi madre a veces—, y de paso nos trincaron por las tripas a tu hija y a mí. Sin apenas jornal, porque bastante

teníamos con poder mangonear en la cocina, que decían ellos. Y porque se fiaban, Ezequiel, se fiaban de ti y se fiaban de mí porque no nos habían matado a nadie y porque tú eres un hombre completo, de traje limpio y sin color en la camisa.

Pero mi padre volvía a callar y se dejaba alisar las solapas de la chaqueta mientras la miraba. Yo, entre tanto, pensaba en aquellos hombres que casi a diario agradecían cortésmente la copa bien servida, la comida sobre la mesa, y cavilaba en los silencios de mi padre. Luego los miraba jugar, encerrados bajo aquellas corbatas, los tricornios y los sombreros, embozados en las capas que en invierno yo debía colgar cerca de la chimenea del salón. La habitación a media luz y ellos formando remolinos en torno a las cartas y a la conversación a veces queda, a veces tan brusca como cabría esperar de los hombres.

Don Carmelo bramaba con esa voz tan suya, y el resto, impertérritos, intentaban apaciguar su ímpetu de asno desbocado. Siempre era así en aquel cuadrado central del edificio que dejaba paso en uno de los lados a un pequeño salón de baile que nunca se usaba. A la derecha, en el lado opuesto, estaban la barra y la cocina, el lugar destinado al servicio y que además contaba con una ventana exterior y una puerta trasera para recibir a proveedores. Lo más extraordinario se escondía en el piso superior, al que se accedía por una escalera de mármol con una baranda de forja sucia y remates dorados. Montones de cajas y de muebles de otro tiempo esperaban arriba bajo sábanas blancas a que alguien los rescatase del polvo y la edad o los vendiese. Respondían al apellido de doña Dolores y marido. Por eso mismo, aquellos escalones me estaban vetados.

Mi madre se afanaba en sacar una mancha de aceite de uno de los tapetes verdes de juego.

—Yo no quiero pensar a lo que han estado jugando estos —se repetía—. Ezequiel, mira aquí. Mira, mira, mira. Yo lo dejo

así y cuando el señorito don Gregorio venga, que lo arregle él si tiene capacidad. Fiestecitas a mí...

Y mi padre soltaba los ojos sobre el tapete y continuaba con la espalda encorvada, cargado como un animal sin entendederas o como un hombre que mengua a cada paso. Sin dar importancia a su gesto, se dirigió a la barra. Incrédula, mi madre arqueó las cejas y posicionó sus pies en el suelo como hacen los cabestros en el redil y lo miró. También acertó a encontrarme a mí para corroborar mi presencia y luego habló como quien pretende descorchar con un machete una botella, de un golpe seco, abrupto:

—Pero, Eze, ¿dónde estás?

Mi padre esbozó una sonrisa.

—Lo que no puedas limpiar, dímelo. Lo que podamos arreglar, arreglado quede. ¿Qué le vas a hacer? Pues déjalo, ven... venga... N... —tartamudeaba—, no me vengas con más pamplinas.

Mi madre retomó la hacienda con un gesto seco mientras lo seguía mirando. Luego comenzó a asentir con otro de sus silencios. Casi podía escuchar cómo apretaba los dientes. De dos manotazos sacudió uno de los sillones y lo dejó en su sitio. Más tarde desapareció rumbo a la sala de baile. Allí, suspiró.

—Ma... Mariana, sube al trastero —me dijo mi padre en un susurro. Debió notar mi sorpresa porque luego continuó—: Sube y, no sé, busca, que a lo mejor algo no está en su sitio. No quiera Dios. Pero no me vengas con esa cara. Sé perfectamente que te sabes de memoria lo que hay en todos los cajones. Lo has registrado todo. Ve y mira, anda. Que no se te olvide nada. Anda. ¡Arriba!

Y ese último «arriba» sonó tan hueco, tan eco de mal comediante, que seguía mirándolo a los ojos cuando comencé a subir por aquella escalera. Mi padre también suspiró mirando hacia la sala de baile. No me apremió. Sabía que yo subiría, claro. Lo que me extrañó fue aquel silencio de después. Tanto, que hice todo el ruido posible arriba mientras revisitaba todos aquellos momen-

tos imaginados en que aquellas cosas habían sido mías y de Gregorio. Moví cajones, arrastré la cama, cerré las puertas lo menos discretamente posible. Tras todo esto solo un profundo silencio.

Sabía que estaban hablando. Quizá mi padre ya le habría contado «eso» a mi madre, imaginé. «Los rojos o los nuestros. ¿Quién?» Mi padre le habría dicho que no podía decirle más. Siempre empezaba así todas las conversaciones. Y luego diría «los nuestros», como si diciendo aquello estuviera salvándose de alguien. Lo repetiría varias veces hasta que mi madre se hartara. «Pero bueno, ¿quiénes son los nuestros, Eze de mi alma?» Y él diría que los que repartían el pan y los que se le sentaban en las sillas. Que cuando otros fueran quienes se sentaran allí, en las mesas del casino a dejar el parné, entonces —y solo entonces— aquellos también serían los nuestros. No sé qué respondería mi madre a eso, la verdad. Lo que ella pensase era difícil de imaginar. Pero estaría recogiendo la basura y sacando los manteles que en un rato me daría para ir a lavar.

A aquellas alturas, yo debía ir bajando ya. O no, y quizá debiera seguir tumbada sobre el suelo lleno de polvo durante algún tiempo más. Un tiempo lleno también de costuras primorosas, de figuras de porcelana, de cuadros que casi siempre representaban a una mujer leyendo o a un hombre de caza. Retazos arrinconados de una vida de señoritos a los que les sobraba de todo. Arriba, así pues, estaba el mundo que yo quería para mí. Abajo, por primera vez, el que me estaba imaginando y el que me tocaba vivir.

Pero seguro que habían sido los nuestros, no los rojos. Mi cabeza volvía una y otra vez al mismo tema, al pozo, a «eso». Los nuestros, es decir, los de mi padre. Imaginaba que él sabía lo que había pasado con aquellos dos pobres desgraciados del pozo. El cabrero no tenía educación y le perdía la boca. Eso lo habían dicho las mujeres en la plaza. Y el padre, pues tres cuartos. «Pero la vida y la educación son dos cosas distintas, al igual que la decencia y el trabajo», que había dicho otra, la Isabel, la de la es-

quina de la plaza. Ella había perdido a dos de sus hijos cuando la guerra. Se los habían matado los rojos. Pero del cabrero dijo que merecía vivir sin saber si era rojo o si era de los de mi padre. Por eso yo no sabía qué pensar. La Cabrera se había muerto antes de la guerra. Dicen que cuando las cabras andan malas, las primeras que lo saben son las Cabreras y, si no, los sepultureros.

—Así mismo, niña —dijo otra con los ojos en blanco.

—Pero ¿entonces? —se me ocurrió decir. Y todas me miraron. Todas. Casi con asco y casi con incredulidad.

—Las niñas que preguntan tanto por los ojos de la fiera acaban en la barriga del lobo.

Cuando bajé, mis padres seguían sin hablar, pero tampoco estaban limpiando, ni recogiendo, ni haciendo nada de lo que yo les había supuesto. Mi madre tenía una mano en la frente aguantándose la cabeza. La otra la apoyaba sobre el respaldo de una pesada silla de madera. Mi padre estaba de espaldas a ella y tenía un sobre en las manos. Un sobre amarillo que desde la escalera podía ver acartonado por el vino seco. Ambos me miraron. Yo quise acusar una responsabilidad de algún mal acto, de algún error que respondiese a mi edad, pero lo cierto es que no sentí culpa. No había incumplido nada que ellos supieran. Imaginar era pecado, hasta allí podía llegar Dios, cierto, pero ellos no tenían ese sobre por ninguna razón imaginaria. Había algo allí que los hizo palidecer y guardar silencio. Un silencio fingido, tal vez. «Aprender a hablar en silencio es un arte de aquellos que sirven a los nuestros», decía algunas veces mi madre.

Mi padre guardó el sobre en su chaqueta. Entonces comenzaron a recoger como si la aparente ausencia de aquel envoltorio de papel les hubiera devuelto su ritmo y su trabajo. Mi madre me dijo que estaba cansada y que le había dado un mareo, que ya sabía yo que ella se mareaba con facilidad cuando tenía que agacharse y levantarse tanto.

—Tú lo que tienes que hacer es ponerte a limpiar ya. ¿Dónde has estado que traes el vestido comido de polvo? Valiente es tu padre dejándote subir tantas veces a oler en el trastero...

No tuve que responder a ninguna pregunta, ni siquiera importó que arriba todo estuviera en orden o que hubiera revuelto cuanto hubiera querido. Podría haber dicho que arriba había un cadáver y no sé si mi madre se hubiera dado cuenta. Se pasó hablando todo aquel rato en el que mi padre se había ausentado.

—Los hombres tienen sus cosas, pero cuando un hombre es como es tu padre, las cosas son pocas o son siempre trabajo. Un hombre es... Para un hombre, la casa... La ropa de un hombre... Mira tú, lo que fuman los hombres... Sostenme esto. Da bien con el guñapo, que así no arrancas tú la de mierda que tiene eso. Y remángame, que yo no puedo, anda.

Pero ni siquiera me miraba, acelerada como estaba en su conversación y absorta en su limpieza.

—En la vida, un drama es que alguien se muera —me decía—, o que te maten a un hijo, pero nada es para tanto. Y este casino en un rato lo tenemos tú y yo como si no hubiera pasado nada, ¿verdad, Mariana?

Ordené lo que pude intentando no escuchar la perorata de mi madre. Primero una silla donde habían derramado algún líquido o varios, ya no se distinguía bien. Luego, con la ayuda de una caja de madera que usábamos para esos menesteres, me llevé los vasos que todavía contenían brebajes varios. Los cacharos se amontonaban para lavar detrás de la barra. Habría que hacerlo pronto y yo debía marcharme de allí.

—Voy a salir a por los cántaros —dije—. Hay que limpiar estos vasos.

Mi madre ni me escuchó. Así que usé la puerta de servicio para llegar a la parte de atrás del casino. Allí siempre olía a orines y a pescado, pero también era el sitio donde los enamorados solían escaparse para robarse un beso de madrugada. El amor también nubla el olfato, pensaba yo. Pero al entrar por el angos-

to pasillo que me conduciría al callejón de atrás, detecté que mi padre ya estaba allí; el olor del tabaco que él fumaba compulsivamente me había llegado junto al hedor ocre de la orina. Se había sentado sobre unas cajas y estaba mirando el contenido del sobre. Me escondí por prudencia y por miedo, pero también por un ataque incontrolado de curiosidad. Habría matado en aquel momento por conocer qué había puesto de aquella manera a mis padres. Y entonces lo vi sobre su regazo. Era un manojo de fotografías. Fotos en blanco y negro con un ribete ondulado y blanco. Volví a mirar a mi padre, que seguía absorto en su cigarrillo con aquello en la mano. Quise acercarme un poco, mirar todo lo que mis ojos pudieran dar de sí. Entonces, de puntillas, logré atisbar a duras penas la escena dispuesta en una de las fotografías. Dos figuras: un hombre con máscara de lobo y una mujer con máscara de conejo. Parecían hechas a conciencia para dar miedo, enormes, tanto que llamarían la atención sobre todo lo demás si no fuera porque ambas figuras estaban desnudas. El hombre-lobo, orgulloso, en posición victoriosa: apoyado sobre su bota derecha que a su vez reposaba en el lomo de la mujer-conejo. Ella, a gatas, con la máscara de altas orejas blancas en posición rendida, intentaba sostener el peso del hombre sobre su espalda. Sus pechos eran como los míos, apenas un pezón que quería sobresalir de un busto de niña. Sus caderas, sus brazos... podría haber dicho que era yo misma. Lo que no podría asegurar es si el casino era el lugar donde se había tomado la foto. Pero no tendría sentido, no habrían podido revelarlas. ¿Era posible? Esas fotos tenían algún tiempo, no podían ser de la fiesta ocurrida durante los días libres de mi padre, la que andábamos limpiando, claro que no. Y digo «fotos» porque había por lo menos diez. Atisbaba a ver las orejas del conejo en otras dos. La cuestión, lo realmente aterrador, era que los lobos se multiplicaban con el paso de las fotos.

Mi madre, todavía azorada, seguía recogiendo. Yo había vuelto tambaleándome. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo. Un pene completamente erecto que sobresalía del vello de un lobo. ¿Eran así los hombres? Cuántas veces había imaginado el cuerpo desnudo de Gregorio, de don Gregorio, aquel señorito al que yo veneraba. Había sentido mil veces el calor que en la iglesia decían que no debemos sentir ni buscar las mujeres. Pero el pensamiento y el calor son libres de juntarse lejos del pecado, sobre todo cuando una ama como yo amaba a Gregorio. Pero aquellas fotos... ¿Qué clase de mujer era aquella? ¿Qué clase de cerdo era aquel lobo?

Mi madre, ajena a mi pensamiento, se limpió la frente y suspiró. Entonces, al girarse, se dio cuenta de que me tenía allí, quieta, absorta, asustada.

—Mariana, hija, qué susto me has dado. Anda, ven, vamos a retirar esa mesa. Mariana, ¿me oyes?

Pero yo no estaba del todo allí, sino que trataba de juzgar lo que había visto tal y como me habían enseñado de pequeña: ¿qué clase de guarros son quienes miran esas fotos? ¿Y quién las había hecho? ¿De verdad aquello era en el casino? ¿En nuestro casino? Mi madre, impaciente ante mi anonadamiento, no iba a dejarme así. Sacó su trapo, aquel con el que había estado limpiando el polvo, y lo sacudió ante mis narices.

—Oye, ya está bien. ¿Qué pasa?

No tuve capacidad para callarme.

—Las fotos... —dije.

Y entonces su semblante cambió. Intentó recomponerse y preguntar «¿qué fotos?», pero ya era tarde. Ambas sabíamos de lo que estábamos hablando.

—Eso no es cosa de niñas. Ayúdame, venga —dijo antes de darse la vuelta.

Quise contestarle que yo ya no era una niña, se lo había dicho mil veces, pero guardé silencio.

—¿Qué has visto? —dijo al verme con la mirada perdida,

pero aquella pregunta quedó suspendida en el aire por la irrupción de mi padre en el salón.

—Ma... Mariana, hija, po... ¿por qué no vas a por agua? —dijo mi padre, que mantenía un cigarro en la boca cuando entró de nuevo.

—¿Otra vez? Padre, las tenía sobre su regazo. Yo... No he querido verlas, pero las he visto.

Mi madre me tomó por la muñeca derecha y a punto estuvo de darme un guantazo. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se llevó la mano a la boca y rompió a llorar. Apretaba muy fuerte los labios, como queriendo guardarse años de insolencias. Las lágrimas le brotaban como un manantial. Miraba a mi padre con inquina, con una rabia que le había inflamado los ojos de color rojizo. Mi padre bajó los suyos. Negaba con la cabeza. Poco después se acercó para abrazarme. Si hubiera podido entender sus silencios, si hubiera podido entrar en aquella conversación de años que estaban manteniendo tan solo con sus miradas, podría haber dicho alguna palabra.

Nos habíamos sentado los tres en una mesa. Mi padre había cerrado del todo las puertas y había puesto la tranca sobre el portón de la entrada. Entonces se acercó de nuevo. Yo abrazaba a mi madre sin saber qué decir todavía.

—Tú lo sabes, ¿verdad, Ezequiel? Tú lo sabes —decía en un hilo de voz—. Porque si no lo sabes te lo voy a contar yo. —Y entonces lloraba.

—Lo que pase fuera de nuestra casa no es asunto nuestro, ¿m... me estáis escuchando?

—Ezequiel, ¿tú lo sabías? —dijo ella incorporándose, recomponiéndose a su vez el delantal y acercándose a él, que cada vez estaba más encogido—. Dímelo, por favor —decía mi madre mientras lo acechaba con los ojos.

Pero él apartaba la mirada una y mil veces. Intentó, eso sí, en

un par de ocasiones, tomarla de la mano mientras hablaban. Ella se dejó acariciar.

—Dímelo... —repitió.

—Nosotros no somos como ellos, Paqui. Esto... —Y blandió el sobre, que puso encima de la mesa—. Son animales. Unos salvajes sin remedio.

Entonces mi madre se echó a llorar de forma desconsolada. Lloró por ella, pero de algún modo supe que también lloraba por mí. Me miraba y me clavaba las uñas. Estaba rota, de rabia y de dolor.

—¿Sabes, Eze, lo que pasó? Dímelo.

Pero él solo negaba con la cabeza. No pronunció ni una palabra.

—Ezequiel, por tus muertos, ¿quieres que te cuente yo lo que ha pasado? —Entonces mi madre levantó la voz como cuando me regañaba, como cuando se enfadaba tanto que ya no había marcha atrás—. ¿Quieres que te lo cuente? Ahora mismo hay dos hombres dentro de un pozo. Uno de treinta y su padre. ¿Los conoces a ellos? Eso sí lo sabes, ¿verdad? Ellos no eran de los nuestros. —Y remarcó esa última parte al hablar, ya de pie, convirtiéndose en una titana que gritaba a un pequeño hombre descompuesto.

—No me grites, Paquita.

—Ellos no son de los nuestros —ironizó ella—. Ellos son basura, ¿no? Como perros en un pozo... Pero ellos eran de verdad de los nuestros. No te voy a perdonar en la vida que lo supieras, Ezequiel. Mientras viva.

—Paquita, no grites...

Pero ella no escuchaba. Se estaba mordiendo sus propios puños mientras lloraba.

—Ezequiel, ¿quiénes son? ¡Quiénes!

Pero mi padre no podía soportar más la reprimenda e hizo un amago de levantarse también. Le advirtió que no le gritase, le dijo que él no era quién para saber esas cosas de señoritos. Pero ella no le escuchó.